

DECLINANDO UN HONOR

Reiteradamente aludido y hasta *agredido* por el cariño, en este simpático BOLETIN del «Cirujano de Almagro», voy a explicar el proceso de una condecoración que me ha producido emociones muy encontradas.

El día 18 de Octubre de 1925, seis compañeros de espíritu caritativo y de corazón generoso, que se encontraban en Madrid, concibieron la idea de visitar al médico de Valdemoro, que yacía en cama desde hace veinte años; y aquella inolvidable entrevista, llena de unción y de amor fraternal, dejó en mi alma dulce consuelo y gratas esperanzas. Aquellos hombres que tanto me honraron y que me dieron tan magna prueba de cariño, se nombran Jesús Centeno, Huberto Domínguez, Luis Valero, Vicente Yranzo, Enrique Rodríguez y Rafael Ortiz. Cuando se marchaban, detenidos unos momentos en el patio de mi casa, inició Centeno la idea de pedir para mí la Cruz de Beneficencia, que fué aprobada por los demás y llevada a la práctica dos días después.

Algunos meses más tarde, me enteré del asunto por confidencia del propio doctor Centeno, quien desde el primer momento tuvo el propósito de abrir suscripción para costearme las insignias y de rendirme homenaje, si se conseguía la gracia. Con este motivo cambiamos varias cartas, en las que me pronunciaba en contra de esos pensamientos, por entender que las suscripciones deben reservarse para fines benéficos, no para adquirir un objeto de vanidad mundana y porque no me consideraba con méritos para recibir un homenaje.

La petición encontró muchas dificultades, que desconozco en detalle, pero que las deduzco por el tiempo que tardó el Gobierno en resolverla, hasta el punto de que intenté recoger los trabajos científicos y profesionales que había enviado a la Federación Sanitaria de Getafe, en evitación de un desaire.

Al fin, a primeros de Septiembre, recibí la concesión, y acto seguido expresé mi agradecimiento, a los señores Centeno, Palanca y Lejárraga, que habían intervenido en el caso, así como también a los señores Ministro de la Gobernación y Gobernador civil de Madrid; y al primero, además de gratitud, le recordé mi criterio opuesto a cualquier gestión en mi favor.

El doctor Centeno, siempre magnánimo, prescindió de mi opinión, abrió suscripción en su revista, influyó para que se abriese en otros periódicos y se dió prisa a organizar el homenaje, consistente en la imposición de insignias por el ilustre Inspector provincial de Sanidad de Madrid, doctor Palanca, ante numeroso grupo de médicos sevillanos, manchegos y madrileños, sin esperar siquiera a reunir la cantidad necesaria. Tuve que someterme a esos prepa-

rativos para no disgustar al generoso organizador; pero advirtiendo que tales actos los encontraba justificados en las figuras de primera fila, no «en un señor De Diego, ni en otros como el señor De Diego». Y a una gloria de la Medicina española, que florece en la ciudad condal, contestando a su cariñosa felicitación le dije: «Quieren homenajearme en contra de mi voluntad. Estamos en un período febril de homenajes, con los que se levantan pedestales a muchas medianías». Sin embargo, no dejé de comprender que mi condición de enfermo, influía tanto o más que la de escritor en el tributo que se intentaba rendirme ¡Triste condición la mía!

El hombre bueno propone y la realidad se impone. El homenaje, anunciado para el 4 de Octubre, fracasó por causas completamente ajenas a la voluntad del organizador; y si la suscripción de «Federación Sanitaria» fué aceptable, gracias al prestigio de su Director, resultó muy floja la de otro estimadísimo periódico, del que soy redactor desde ha veinte años y en el que he puesto mi firma unas doscientas veces. Además, muchos amigos me faltaron en esta ocasión, aunque después han ido reaccionando. Y si a estas causas se agrega que el acto proyectado representaba un serio peligro para mi precaria salud, no solo por la natural emoción, sino más principalmente porque la debilidad cerebral que padezco no me permite conversar con varias personas, ni aún con una más de diez minutos y que me serían intolerables los discursos, comprenderán los lectores la legitimidad con que planteé ante el excelso compañero Centeno, mi renuncia al homenaje. No fui atendido y tuve que doblegarme a la voluntad de mi bienhechor, porque yo era un espíritu aprisionado en la jaula de la gratitud. Se aplazó el acto, para el mes de Mayo.

Cuando me hallaba más preocupado y sin saber cómo salir de ese, para mí, atormentador proyecto que podía serme perjudicial y que ninguna ilusión me producía, aparte de la natural satisfacción de abrazar a unos cuantos amigos, ocurrió un incidente, que aproveché en el acto. Consiste, en que con motivo de haber solicitado la Federación de Colegios de Médicos la Medalla del Trabajo, para el doctor Centeno, ha declarado este en su revista, que no aceptaba ninguna gracia, ni suscripciones, ni homenajes, ni banquetes, ni cualquier distinción, y entonces, comprendiendo yo que el hombre austero que rechaza todo honor no puede imponérsele a quien tampoco le quiere, ni mucho menos incomodarse por la renuncia, le escribí declinando definitivamente el homenaje y aconsejándole que invirtiera la cantidad recaudada en una obra más útil, que podía ser en la fundación del Colegio Hispano-Americano.

La contradicción, que él niega a pesar de su evidencia, de organizar para otros los actos que no acepta para sí, constitu-

ye una exaltación de su espíritu cristiano, que se recluye en la humildad y consagra sus energías al bienestar y satisfacción de sus semejantes. No olvidemos que este hombre excepcional se nombra Jesús.

Liquidado este asunto, solamente me resta expresar mi fervoroso agradecimiento a los que de variados modos me han significado su amistad, y que son los queridos compañeros Centeno, Palanca, Domínguez, Clavero del Valle, Calamá, Repiso, Sainz de Pedro, Martínez Vargas (padre e hijo), Navarro, Bueno Roqués (q. e. p. d.), Bueno Arnedillo, Gómez Aguado, Abeilhé, Belmonte, Ballesteros, Molina, Rodríguez Gamboa, Megía y Hernández Romeo; a las revistas *Federación Sanitaria*, *Boletín del Sanatorio Quirúrgico de Almagro*, *El Eco Médico-Quirúrgico*, *Regeneración Médica*, *Voz Médica*, *El Siglo Médico*, *Higia* y *Revista Médico-Profesional*; y a los bondadosos compañeros que tomaron parte en la suscripción (muchos, ya citados), Aranda, Sánchez, Cid, Escolar, Yranzo, Domínguez, Muñoz Garzón, Borrachero, Fernández Campos, Lara, Villalobos, Fernández Alvarez, Lancha, Centeno, Caro, Calama, Repiso, Clavero del Valle, Clavero del Campo (Gerardo), Clavero del Campo (Virgilio), Antigüedad, Navarro, Sainz de Pedro, Bueno (padre e hijo), Carreras, Mañueco, Martínez Vargas, Gómez Aguado, Centeno Valbuena, Valero y algunos más cuyos nombres siento no conocer.

A todos, estrechísimo abrazo de su viejo amigo.

ANGEL DE DIEGO

Valdemoro, 12 de Febrero.

Por el *Boletín* del Colegio nos enteramos de la dimisión que de sus cargos directivos presentan los Sres. Messía y García Doctor, aduciendo como razonamiento su *delicado estado de salud*.

Lamentamos la dolencia que les aqueja y envidiamos al propio tiempo la *salud a prueba de bomba* que afortunadamente disfrutan, los restantes Sres. de la Capital, que aun continúan en sus puestos de la Directiva.

Porque sí que hace falta tener una naturaleza de hierro, para no haber enfermado *gravísima y fulminantemente*, con la hojita que, nada menos que en nombre de las Federaciones Sanitarias de la provincia, lanzó al aire la de Valdepeñas.